

# ORTEGA Y GASSET

OBRAS COMPLETAS

TOMO IX

1960-1962

Último tomo de la edición de la Revista de Occidente.

## ADVERTENCIA

*Esta «Advertencia» se ha reproducido al frente de todas las ediciones de obras póstumas.*

*Las Obras inéditas de José Ortega y Gasset se editan simultáneamente, en su lengua original, en América y España, conforme a los manuscritos y originales dejados a su muerte por el gran filósofo. Incluirán extensos trabajos recientes que «la malaventura —según él escribió— parece complacerse en no dejarme darles esa última mano, esa postrer soba que no es nada y es tanto, ese ligero pase de piedra pómez que tersifica y pulimenta», y, en algunos casos, también escritos antiguos que el autor no coleccionó en ninguno de sus libros. Dado el rango eminente de su obra intelectual, creemos obligado editar sucesivamente la totalidad de su labor inédita, inclusive aquellos estudios que aparezcan inacabados y las notas o apuntes que puedan servir para orientar el trabajo de sus numerosos discípulos. Los escritos se publicarán tal y como se han encontrado; la compilación de los textos se ha encomendado a próximos y fieles discípulos, a quienes queremos manifestar nuestro agradecimiento por la devoción y el rigor que ponen en su tarea y cuya intervención será en todo caso explícita e irá intercalada entre corchetes.*

LA EDITORIAL REVISTA DE OCCIDENTE.

**UNA INTERPRETACIÓN DE LA  
HISTORIA UNIVERSAL  
EN TORNO A TOYNBEE**

*Publicado por la «Revista de Occidente», Madrid, 1960.*

## NOTA PRELIMINAR

**E**L prospecto que divulgaba la creación del «Instituto de Humanidades» prometía la intervención inaugural de su fundador mediante un curso de doce lecciones «Sobre una nueva interpretación de la Historia Universal. (Exposición y examen de la obra de A. Toynbee, *A Study of History*)». Pero el alcance del curso (1948-49) excedió con mucho a ese anuncio, pues el examen consistió, principalmente, en una crítica de la obra desde las propias doctrinas de Ortega y el despliegue de sus personales ideas acerca de la ciencia histórica y el proceso de los pueblos —en particular el romano—, con frecuentes excursiones de intención sistemática a la crisis del tiempo presente.

El tema central de estas páginas resulta ser, según se afirma en una de ellas (pág. 225) y «el análisis de la vida constituida en ilegitimidad... de que son dos gigantescos ejemplos los tiempos declinantes de la República romana y los tiempos en que estamos nosotros mismos alentando». A la crisis actual Ortega aporta un radical análisis y, a la vez, la promoción de una reforma de la inteligencia mediante la cual pueda la vida contemporánea emerger del aforamiento que padece.

Nuestra labor en la ordenación del contenido de este libro ha consistido en cotejar dos textos: el original manuscrito redactado para las lecciones del curso y la versión taquigráfica de estas. En cada uno de ellos hay pasajes que faltan en el otro: durante las lecciones le ocurrió ampliar lo premeditado y, quizá obligado por estas ampliaciones, otras partes del manuscrito quedaban sin cabida en ellas.

*En general, conservamos la transcripción taquigráfica, pero también agregamos partes del manuscrito cuya omisión no parece tener otro fundamento que la limitación de tiempo antes aludida.*

*Anteponemos a cada lección epígrafes de orientación sobre el argumento de las mismas. Y damos, en Apéndice, algunas páginas redactadas para su utilización en el curso, pero que fueron, a la postre, sustituidas por las que van en su lugar correspondiente.*

*La complejidad de los principios expuestos en este curso y las dilaciones propias de la exposición oral fuerzan a pensar que solo mediante una atenta lectura puede percibirse su extrema importancia. Hizo constar Ortega, en la lección final, su reconocimiento al público por haber «aguantado algunas de las lecciones más densas que se hayan dado nunca en ninguna parte», y esta resuelta afirmación se halla plenamente justificada por el lugar donde aparece.*

LOS COMPILADORES.

## I

*Las carreras. — La información internacional.  
— Comunicaciones. — Oxford. — La experiencia de la vida. — La declinación grecorromana.*

**S**EÑORES: Arnold Toynbee nació en 1888. Es profesor de Historia Internacional en la Universidad de Londres y director del Real Instituto de Asuntos Internacionales. Estudió en Oxford, donde se hizo un excelente conocedor de la lengua griega, que, como es sabido, es la lengua de Oxford. Se casó con la hija de Gilbert Murray, venerable patriarca de los estudios helénicos en Inglaterra. Luego estudió también árabe y esto le permitió ejercer diversos cargos durante las dos guerras en el «Intelligence Service», sobre todo en el Medio Oriente. Desde 1926 publica cada año un volumen exponiendo la situación de los diversos países, incluso los más remotos, como información utilizable en la política internacional inglesa. En 1934 publicó los tres primeros tomos de su ingente obra *Un estudio de Historia*. En 1939 publica otros tres. Aún quedan por publicar los tres últimos. He aquí un ejemplar de lo aparecido hasta ahora. Como es un libro hoy difícil de encontrar, he querido que tuvieran ustedes una impresión visual de su tamaño, ya que el simple hecho de este tamaño va en cierto momento a solicitar nuestra meditación. De esta gran obra vamos a tomar conocimiento y a reflexionar sobre ella durante un curso de doce lecciones. Por tanto, podemos ir sin prisa,



poco a poco, entrando en la cuestión. Hoy vamos a contentarnos con enunciar unos cuantos temas que más adelante parecerán fructuosos y que, desde luego, nos prepararán el ingreso en el pensamiento de Toynbee precisamente porque los inspira un modo de sentir muy distinto del suyo.

Lo dicho, como ustedes advierten, se reduce a hacer constar ciertos datos sobre la obra y la persona de Toynbee, datos que habremos de calificar de externos. Pero es la vida humana una realidad en la que todo es interno, incluso lo que llamamos externo. Así esa serie de datos es una lista de secos títulos tras de los cuales se ocultan muchas cosas íntimamente humanas y de abundante jugo, que irán irremediabilmente apareciendo, una tras otra, porque con una tras otra habremos de tropezar a lo largo de este curso. Por ejemplo, el profesorado de Historia Internacional de la Universidad de Londres, la dirección del Instituto de Asuntos Internacionales y la publicación anual sobre los mismos nos manifiestan que es el *internacionalismo* la profesión a que Toynbee ha dedicado su vida y que en esta profesión representa en Inglaterra una de las figuras más eminentes. Ahora bien, el acto de dedicar su vida a algo determinado es un privilegio de la condición humana. La piedra, la planta, el animal cuando empiezan a ser son ya lo que pueden ser y, por tanto, lo que van a ser. El hombre, en cambio, cuando empieza a existir no trae prefijado o impuesto lo que va a ser, sino que, por el contrario, trae prefijada e impuesta la libertad para elegir lo que va a ser dentro de un amplio horizonte de posibilidades. Le es dado, pues, el poder elegir, pero no le es dado el poder no elegir. Quiera o no, está comprometido en cada momento a resolverse a hacer esto o aquello, a poner la vida en algo determinado. De donde resulta que esa libertad para elegir, que es su privilegio en el universo de los seres, tiene a la vez el carácter de condenación y trágico destino, pues al estar condenado a tener que elegir su propio ser está también condenado a hacerse responsable de ese su propio ser, res-

ponsable, por tanto, ante sí mismo, cosa que no acontece con la piedra, la planta ni el animal, que son lo que son inocentemente, con una envidiable irresponsabilidad. Merced a esta condición resulta ser el hombre esa extraña criatura que va por el mundo llevando siempre dentro un reo y un juez, los cuales ambos son él mismo. De aquí que el acto más íntimo y a la vez más sustanciosamente solemne de nuestra vida es aquel por el cual nos dedicamos a algo, y no es mero azar que denominemos esa acción con el vocablo «dedicar», que es un término religioso de la lengua latina. La *dicatio* o *dedicatio* era el acto solemne en que la ciudad, representada por sus magistrados, declaraba destinar un edificio al culto de un dios; por tanto, a hacerle sagrado o consagrado. Y, en efecto, decimos indiferentemente de alguien que se dedicó o consagró su vida a tal o cual oficio y ocupación. Noten cómo ha bastado rozar este punto de la condición humana para que afluyan por sí mismos a nuestros labios y oídos los vocablos más religiosos: dedicación, consagración, destino. Noten al propio tiempo cómo esos vocablos han perdido en la lengua usual su resonancia patética, trascendente, y perpetúan, prolongan, ya trivializada, su existencia verbal. Esta coexistencia inmediata entre la trascendencia y la trivialidad va a sorprendernos una y otra vez al volver la esquina de todos los asuntos humanos.

Así, siempre que me he ocupado en meditar sobre el destino del hombre se me interponía impertinente, pero irremediablemente, el recuerdo de que durante mi adolescencia, en aquel Madrid que rezumaba tranquilidad, cotidianeidad y, confesémoslo, un poco de chabacanería, mi casa, muy poderosa en la vida española del tiempo, estaba siempre llena de personas que venían a solicitar «un destino de seis mil reales». Las nuevas generaciones no imaginan ni de lejos la frecuencia abrumadora con que se hablaba de ello entonces y la importancia superlativa, monstruosa que ese concepto y la humilde realidad a que se refiere tenían en la vida española. Por lo pronto, en ella descansa-

ba casi por entero nada menos que la política del país, porque siendo movibles los empleos y no existiendo graves problemas, un cambio de política significaba solo la cesantía de muchos y la concesión paralela de otros cuantos destinos de seis mil reales. En efecto, para muchos hombres de aquella tan humilde y recogida época un «destino de seis mil reales» era el destino del hombre.

Mal haría quien juzgase ser esto no más que un juego de palabras mío. Mejor hiciera en reparar que no soy yo, sino la lengua milenaria de todo un pueblo —el nuestro—, más aún, de todos los pueblos latinos, pues en ello aproximadamente coinciden, quien nos ofrece prefabricados estos aparentes retruécanos, y ello hace presumir que son algo más.

Pues bien, este inglés, con quien hemos de habérnoslas tan largamente, se nos presenta de primeras como un internacionalista; esto es, como un hombre ocupado en informarse e informar sobre lo que pasa en dos distintos países. Mr. Toynbee no ha inventado esta ocupación. Es sobremañera insólito que el individuo invente la ocupación a que va a dedicar su vida. Lo que con un vocablo, con un concepto más fulgurante que preciso decimos genio, significa —y consiste en realidad justamente en eso—: ser capaz de inventar la propia ocupación. Pero lo normal es que el individuo escoja alguna de las formas genéricas de existencia que el contorno social tiene preparadas y que llamamos oficios, profesiones, carreras. Al ser genéricas, tenemos de ellas un conocimiento previo al modo concreto de ejercitarlas cualquier individuo determinado, y la simple audición de su nombre suscita en nosotros una peculiar expectativa.

No cabe duda que, sin necesidad de reflexionar, automáticamente, tomamos una postura íntima, distinta, cuando alguien nos es presentado como un poeta que cuando nos es presentado como un coronel. Podrá acontecer que tal o cual vez el comportamiento del individuo contradiga esa anticipación que el nombre de su oficio nos sugiere;

podrá ocurrir que algún poeta propenda a mandonear y que algún coronel en secreto versifique, pero ello nos parece solo una excepción que confirma la regla. Porque, en efecto, nuestra vida está constituida por uno de sus lados por un repertorio de pronósticos y expectativas que se han formado en nosotros indeliberadamente, espontáneamente. Sería imposible nuestra existencia si ante cada hecho que sobrevieneuviésemos que afrontarlo como algo completamente nuevo y no poseyésemos por anticipado una prefiguración que nos permite tomar ciertas precauciones y preparar nuestra conducta. Ya veremos cómo es obligatorio para todo hombre tener siempre a la vista, bien en claro, ese repertorio de expectativas y no entregarse sin cautela a cualquiera cosa que llegue.

Esto que acabo de decir vale en grado muy especial en el caso presente. Importa mucho tener una clara expectativa de lo que representa este título: anglosajón ocupado en informarse e informar sobre asuntos internacionales. El porvenir inmediato del mundo y, por tanto, el de nosotros depende en no escasa dosis de lo que sea ese tipo humano. Por consiguiente, ¡guarda, Pablo! No sería extraño que si muchos de ustedes se preguntan qué expectativa levanta en sus mentes aquel título se encuentren sin ninguna, salvo la comprensión del mínimo significado material de esas palabras. La razón de ello es que las expectativas no se originan en razonamientos nuestros que en cualquier momento podemos improvisar, sino que, como he dicho, se forman ellas mismas espontáneamente en nosotros por una paulatina decantación de experiencias y, por tanto, lentamente. Ahora bien, el internacionalista, la profesión de informar sobre asuntos internacionales y sobre cómo son los diversos países es una profesión reciente que empezó a perfilarse y a acusar su fisonomía después de la primera guerra mundial. No es, pues, nada extraño que aún no haya logrado imprimir sus rasgos en las mentes y que, por tanto, queden muchas personas sin nada preciso al oír esa palabra, sin

ninguna expectativa o pronóstico. Tanto más urge llamar la atención sobre esa nueva profesión, sobre ese tipo humano que ha sido ya y va a ser aún más en los meses y años que vienen de una influencia tan grande como acaso peligrosa.

Por causas diversas que vinieron entonces a convergencia, al concluir la guerra de 1914-1918 se produjo en el mundo un fenómeno cuya importancia y gravedad aún no han sido reconocidas debidamente. Consistió en que, para los efectos históricos, esto es, de la convivencia entre los pueblos, el planeta súbitamente se contrajo de suerte que los pueblos comenzaron a existir mucho más cerca los unos de los otros que antes. Cada nación sentía que las demás, aim las más distantes, le estaban próximas e inmediatas, de modo que su seguridad y bienestar dependían de lo que en ellas aconteciese. La causa principal de esta subitánea aproximación era el fabuloso progreso en los medios de comunicación. Noticias, hombres y cosas se desplazaban vertiginosamente de un punto del planeta a otro remotísimo. Consecuencia de ello fue, a su vez, que, industrial y bélicamente, todos los pueblos se hicieron fronterizos; y más aún, por lo que hace a la industria —en lo que se refiere a obtención de primeras materias y en punto a mercados— las naciones quedaron interpenetradas mutuamente, pues no hay país a quien no sean indispensables los demás.

Todo esto es, por lo pronto, gloriosísimo triunfo de la ciencia física creadora de la técnica contemporánea. Sin entrar de lleno en la cuestión, porque es sobremanera profunda, quisiera, sin embargo, hacer notar el carácter contradictorio que en la vida humana tiene la existencia de la lejanía como tal. Porque la realidad no es que el hombre empiece por estar en lo próximo e inmediato, en lo que llamamos el «aquí», de modo que esto sea lo que primero existe para él. Es evidente que como no hay derecha si no hay izquierda, ni hay un arriba si no hay un abajo, no se puede tener la conciencia de un «aquí» si no se tiene al mismo tiempo la

conciencia de un «allí». Consiguientemente, para que el hombre pueda sentirse estando «aquí» necesita inevitablemente, en algún modo o en algún sentido, estar al mismo tiempo, a la vez, «allí». Por eso decía: la realidad no es que primero estemos en lo próximo e inmediato, de modo que esto sea lo que primero existe para nosotros, sino que lo próximo, el objeto que vemos en nuestra inmediatez, se nos presenta desde luego destacando sobre un fondo de otras cosas más distantes; esto es, sobre el fondo de un horizonte. Así esta sala, que es ahora nuestro «aquí», es vivida por nosotros como la porción más próxima de una realidad mucho más amplia que hay tras y en torno a ella, a saber: como un lugar del inmenso mundo, que es el más vasto horizonte. Imaginen ustedes la sorpresa, el terror que sentiríamos si al salir de esta sala dentro de un rato hallásemos que solo había este aposento, que fuera no había nada, que este espacio y realidad era todo; en suma, que no había un «allí». Esto demuestra que nuestra conciencia de estar «aquí» implica y requiere la conciencia previa de ese remoto horizonte y, por tanto, que, en verdad, estamos primero en la gran lejanía que es el mundo, en el «allí», y de ella venimos incesantemente a hacernos cargo de lo próximo y a sentirnos «aquí». La cosa es paradójica, pero es evidente: el hombre está primero «allí», en la lejanía, y solo por contraposición con el «allí» aparece el «aquí». Esta contraposición, este hallarse el hombre a un tiempo «allí» y «aquí», esos sus dos opuestos modos de estar constituyen el carácter contradictorio a que antes me refería y que hace del espacio y la distancia una dimensión dolorida, dilacerante del humano vivir. Esta es la dualidad penosa de nuestra condición. Mentalmente estamos en todas partes, somos ubicuos, pero nuestro cuerpo nos retiene y encadena en un sitio, nos localiza y sitúa. Cualquiera que sea el lugar preciso en que estemos, estamos incesantemente viniendo a él desde el horizonte, desde la gran lontananza del mundo. Esto significa que si estamos aquí es porque hemos re-

nunciado, de grado o por fuerza, a estar en otros sitios, ahora distantes y que ahora son un «allí». De modo que esta cosa en apariencia tan simple como es el «aquí», como es el tener que estar en un «aquí», representa una amputación permanente de nuestra propia vida, una negación de sus otras posibilidades, una retracción y un confinamiento; es, en sentido trascendente, la servidumbre de la gleba que la condición humana padece. Venturosa la piedra que está solo donde está su materia. Pero el hombre es ese extraño animal que al estar materialmente «aquí» está, en realidad, volviendo siempre del Universo al rincón en que se encuentra, trayéndose siempre dentro la presencia de ese Universo. Y así, nuestro modo de estar en la lejanía y en el «allí» es un sentirnos separados de ellos, como desterrados de ellos.

Tal vez esta expresión no sea inadecuada, aunque acabo de tropezar con ella. Tal vez podemos decir: el hombre está preso en el «aquí» y desterrado del Universo, que es su más auténtica patria. Por esta causa nuestra relación con la lontananza, que es un estar en ella como está en su tierra el desterrado de su tierra, da lugar a una de las emociones más esencialmente humanas que existen: la nostalgia, que es un echar de menos la proximidad de lo distante, que es la quejumbre de un «allí» anheloso de ser un «aquí», un dolorido estar donde no se está. Por eso ha sido siempre la nostalgia el más ubérrimo hontanar de poesía, como ha sido también el molde donde se han conformado algunos de los más exquisitos sentimientos humanos.

Algún día, en este Instituto, haremos una historia de las pasiones, porque, contra todo lo que ha solido creerse, también las pasiones tienen su historia y no son, como suele pensarse, modos permanentes del hombre que no varían con sus vicisitudes. Las pasiones nacen, se desarrollan y mueren; están en triunfo o están en etapas de retirada y retraso. Pues bien, algún día haremos la historia de las pasiones y entre ellas la historia del amor, que, aunque parezca